

Cuerpo, masculinidad y jóvenes

Salvador Cruz Sierra

La experiencia del cuerpo es central en la vida de toda persona: en la subjetividad, en el yo, en las diversas prácticas sociales y en los significados culturales que se les atribuye a dichas prácticas. El cuerpo representa el lugar donde se significan y adquieren sentidos particulares las características o atributos físicos, el esquema corporal, las sensaciones, placeres y deseos. Al cuerpo se le modela, se le viste con determinadas ropas que resaltan, ocultan o relegan ciertas partes, se le adorna y se le maquilla con diversos utensilios y accesorios, se le resaltan sus capacidades y habilidades, pero también se le ocultan sus debilidades.

Particularmente, en los jóvenes, el cuerpo constituye un elemento central en la conformación de una identidad coherente, de una autoimagen positiva para el yo. El cuerpo constituye un instrumento para la integración y participación de los jóvenes en diversos grupos sociales, para el establecimiento de interacciones y relaciones con sus pares y para la construcción de su identidad de género.

Los hombres jóvenes hacen referencia, en mayor medida, a la idea de tener un cuerpo al que se le ha rechazado, descuidado o lastimado en algún momento, pero también otros en los que se le ha aceptado, cuidado y amado. Los jóvenes construyen una imagen corporal mediante una serie de significaciones y de sentidos culturales, se le construye conforme a una determinada estética, pero en términos generales, permanece un sentimiento impreciso, vago o quizá no conciente ni reflexivo sobre la experiencia de su cuerpo, de ser ellos mismos un cuerpo.

Algunas situaciones, experiencias o condiciones sociales les ha permitido a los jóvenes darse cuenta sobre su vital importancia; su papel y funciones, desde la misma posibilidad de existencia en su estrato biológico hasta los sentidos, significados, atribuciones y representaciones conformadas en el entorno social, cultural e histórico que denotan su existencia.

El “cuerpo vivido”, como un sistema de acciones posibles -definido por su tarea y su situación-” (Maurice Merleau-Ponty, en Baz, 1996) permite dar cuenta

Salvador Cruz Sierra. Estudios de Licenciatura y Maestría en Psicología Social por la Universidad Nacional Autónoma de México, Doctorado en Ciencias Sociales por la UAM-Xochimilco. Líneas de trabajo: Género, masculinidad y diversidad sexual. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra: Careaga, Gloria, y Cruz, Salvador, (Comps.), *Sexualidades Diversas: Aproximaciones para su Análisis*, PUEG-UNAM, Porrúa, México, 2004. Actualmente imparte clases en el Instituto Politécnico Nacional.

de los procesos sociales, condiciones de vida, normas, valores, relaciones de poder, dinámicas de relación, pautas de interacción entre los individuos de una determinada cultura. El cuerpo es el receptor, pero no pasivo, de diversas prácticas concretas así como de todo un mundo simbólico.

Si cada sujeto configura una “novela corporal” a partir de la manera de enfrentar y elaborar los cambios –bruscos o graduales- de su realidad corporal; enfermedades, cirugías, transformaciones por la edad (además de ser mirado y juzgado permanentemente), dicha novela es elaborada a la par que se está construyendo un cuerpo masculino a través de una repetición de actos performativos que reproducen su condición de género, del hecho de ser biológicamente “macho”.

La cultura de género provee, en cada lugar, tiempo y contexto, las bases de los regímenes a los que serán sometidos los cuerpos para producir sujetos sexuados. Cuerpos que están cargados de sentidos y significados y que determinan la forma en que los hombres viven su masculinidad y, por ende, su sexualidad, su emocionalidad, su intimidad y su cuerpo.

La cultura de género es la base mediante la cual los cuerpos son construidos, al igual que son construidos con relación a su propia historia, sus vínculos con otros cuerpos, en su valoración propia y en la ajena, así como en las fantasías, imágenes que se conforman al margen de la conciencia, en los deseos que se inscriben en el mismo cuerpo, es decir, el cuerpo masculino se conforma con relación a los significados y prácticas que reproducen los sentidos de la masculinidad y de la feminidad, de las posiciones y jerarquías que ocupan hombres y mujeres en el entramado social. El género es una práctica social que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que estos cuerpos hacen, pero no es una práctica social reducida al cuerpo. La práctica social responde a situaciones particulares y se genera dentro de estructuras definidas de relaciones sociales.

Si culturalmente los significados de la feminidad se asocian con la naturaleza, el cuerpo, la afectividad, la pasividad; la masculinidad está relacionada con la cultura, la racionalidad, la objetividad y la actividad. A su vez, en la cultura de género, los significados culturales de la masculinidad y de la feminidad son asimilados, el primero al cuerpo de hombres y, el segundo, al de las mujeres. Casi siempre se supone que la verdadera masculinidad surge de los cuerpos de los hombres –que es inherente al cuerpo masculino o que expresa algo sobre el mismo (Connell, 2003). Sin embargo, sabemos que estos significados trascienden los cuerpos biológicos, más no por ello, el género deja de ser implacable en su tarea de producir cuerpos con identidades, deseos, prácticas, sexualidades y emociones diferenciadas.

La cultura de género, que permite estructurar de una determinada manera la práctica social, está inevitablemente involucrada con otras estructuras sociales y con el aspecto político. En conjunto, los diversos procesos sociales y las diversas prácticas se reflejan en los cuerpos, se incrustan en la historia personal y colectiva de los sujetos.

En aras de tener una aproximación al cuerpo masculino fuera del determinismo biológico –que considera al cuerpo como una máquina que “funciona” y “opera”, con genes que heredan la agresividad, la necesidad de competir, de lograr el poder político, las jerarquías, la territorialidad, la promiscuidad y la formación de clubes masculinos–, o una aproximación desde el constructivismo social –que ve al cuerpo como una superficie o un paisaje más o menos neutral sobre el cual se imprime el simbolismo social o la combinación de ambas–, Robert Connell opta por centrarse en la relación existente entre el cuerpo y el proceso social, porque “la superficie sobre la cual se inscriben los significados culturales no es completamente lisa ni se mantiene fija” (Connell, 2003: 81).

Para este teórico, el género masculino es (entre otras cosas) una forma de sentir en la piel, ciertas formas y tensiones musculares, ciertas posturas y formas de moverse, ciertas posibilidades en el sexo. Formas que son determinadas por las condiciones de vida, de la clase social, del color de la piel, del deseo erótico y, principalmente, del género. Porque en la interacción entre sujetos se involucran relaciones sociales y símbolos, instituciones sociales e intersubjetividades.

Dentro de nuestra cultura aún prevalece una separación entre cuerpo y mente. Esta visión dicotómica produce una disociación en la experiencia de los hombres entre el pensar y el sentir. Si una característica masculina que define el ser hombre es la racionalidad, la relación con el cuerpo y el contacto con los afectos y emociones representan experiencias amenazantes por estar vinculadas a la feminidad y al hecho de ser mujer. Por lo que la relación de los hombres con el cuerpo es problemática. Sin embargo, los jóvenes tienen conciencia de que en él se manifiestan los malestares físicos y emocionales.

El presente trabajo pretende dar cuenta de una parte de la novela corporal que un grupo de jóvenes universitarios, en edades entre los 20 y los 23 años, urbanos, de clase media, habitantes de la Ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, han elaborado en torno a su historia corporal, en torno al cuerpo vivido.

El material recabado corresponde a una serie de talleres sobre *masculinidad y cuerpo*, impartidos a estudiantes de las licenciaturas de veterinaria, psicología e ingeniería de la Universidad Autónoma de Chiapas. Este Estado, con un alto porcentaje de población indígena, está ubicado en el sur de México, es uno de los que presenta mayor atraso económico y educativo del país, sin embargo, dicha situación también ha posibilitado el surgimiento de diversos movimientos sociales, lo que ha despertado mayor conciencia política en su población.

La información presentada en este trabajo se sustrajo de una de las actividades del taller que consistió en que los jóvenes describieran en una hoja su historia de vida a partir de la memoria de su cuerpo. Describir mediante dibujos o narraciones aquellos acontecimientos vinculados con el hecho de su ser hombre y que marcaron de forma importante su vida.

En el análisis de los testimonios se observan algunas constantes que se pueden agrupar

en tres aspectos: lo referente al cuerpo físico, las prácticas sociales que vinculan al cuerpo con la identidad masculina y el cuerpo masculino y las emociones. Aspectos que serán retomados a continuación.

El cuerpo físico

Dentro de la información que proporcionan los jóvenes se observa claramente la tendencia a percibir el cuerpo como una entidad separada, diferenciada de los pensamientos; se concibe al cuerpo como una especie de maquinaria útil para el desempeño de las demandas de la vida social, pero de menor importancia al cerebro, a la racionalidad. Por otra parte, las emociones parecen no tener cabida en el cuerpo, aunque, regularmente cuando hacen referencia a ellas, los jóvenes representan simbólicamente los sentimientos en el corazón.

Juntos logramos hacer cosas buenas

No es más que algo físico, lo que es realmente fuerte es la cabeza

Lo he hecho resistente para poder ayudar a mi gente y soportar los golpes que a veces la vida nos da.

No soy un tanque de guerra pero al menos no estoy desprotegido como cuando era niño

El esquema corporal constituye un elemento fundamental en la interacción y convivencia social; la complexión del cuerpo, el color de la piel, el tamaño del cabello, son elementos que van marcando su imagen corporal, su autoconcepto, su identidad y su yo. Particularmente, los jóvenes resaltan el malestar que sentían en la infancia al haber tenido un cuerpo gordo o muy delgado. Al primero lo refieren más vinculado a la estética, mientras que el segundo, lo refieren a la debilidad, a la fragilidad y al sentimentalismo, es decir, les remite simbólicamente a la feminidad y a las mujeres.

La familia me cataloga como débil físicamente y al mismo tiempo sentimental

Para que cuerpo corresponda a un tipo masculino, a un cuerpo de un “hombre” de verdad, éste debe mostrar atributos como la resistencia, la capacidad, la fuerza, cierta complexión y tono muscular, determinadas marcas o adornos, posturas y movimientos. Lo anterior implica su sometimiento a determinadas disciplinas, prácticas y entrenamientos. Llegando a producir en muchos casos lesiones, daños permanentes, dolores y mutilaciones, todo en nombre de la masculinidad. Diversas son las prácticas sociales en que aún hoy los jóvenes se ven inmersos. Un ejemplo de ello, lo constituye el deporte.

La organización institucional del deporte fija relaciones sociales definidas: la competencia

y las jerarquías entre los hombres, la exclusión o dominación de las mujeres, pero además, estas relaciones sociales de género se realizan y simbolizan en los desempeños corporales (Connell, 2003). Así como el deporte, también está el trabajo, el ejercicio y el desempeño en la relación sexual, prácticas de antaño que los hombres jóvenes continúan reproduciendo.

Como parte del proceso de socialización, consolidación de una identidad, sentido de pertenencia u otros factores inherentes a los procesos de interacción social, los jóvenes incurren en diversas prácticas que corresponden a las ejercidas por sus padres y abuelos, así como otras nuevas modalidades que se van conformando. Los hombres participantes dieron testimonio en sus propios cuerpos de las siguientes prácticas en las relaciones con sus pares, para demostrar que también son hombres:

- Quemaduras de cigarro en brazos
- Peleas, riñas y pleitos con otros jóvenes y con la policía
- Tomar alcohol y otras drogas
- Ser fríos y distantes
- Competir en el deporte, en el número de relaciones sexuales, en masturbarse, en ligar con las novias de los amigos y en el tiempo de conocer a una mujer y acostarse con ella.
- La iniciación sexual con sexoservidoras

La vivencia de estas experiencias ha significado dolor, malestar o incomodidad en la mayoría de los casos. Estos acontecimientos forman parte de su historia que han dejado huellas dolorosas y que han marcado la vida de estos jóvenes. En general, estas experiencias las refieren en términos negativos y displacenteros.

Si bien, los cuerpos no son simplemente un receptáculo de las acciones que se ejercen con él, como una entidad pasiva que se somete a la actividad de la cultura, éstos si son puestos a prueba y vistos como una masa corpórea que requiere habilitarse en las labores de la defensa y protección propia y de otros e inmune a las enfermedades. El cuerpo se convierte en el elemento contra el que se prueba la masculinidad, se mide contra los límites de la propia resistencia y, de esta manera, el cuerpo ya no es la persona, sino una parte de quien se es, un elemento que es manejado por la mente, por ello, algunos hombres no saben que hacer con su cuerpo, pierden el control del mismo y éste los domina, se percibe como un ente ajeno y al que sólo en pocas ocasiones se le escucha.

*Por querer ser más fuerte, un día hice demasiado ejercicio y me ocasioné una hernia
en la ingle, que tuvieron que operarme
Nunca me ha defraudado, me sorprende que sea capaz de tanto*

El cuerpo del hombre en la masculinidad

La experiencia de los hombres en su relación con el entorno va siendo definida desde los recursos que le proporciona el medio en que se desenvuelve. Los vínculos entre niños del mismo o diferente género constituyen un aspecto relevante para el futuro desenvolvimiento del menor. Los jóvenes que en su infancia convivieron de forma más cercana con niñas refieren mayor dificultad y desinterés para el desempeño juegos rudos, actitudes y prácticas en la mayoría de grupos de varones, llegando a ser tachados en algún momento de homosexuales. De igual manera comparten una percepción de las mujeres diferente al resto de los hombres.

Testimonio

Particularmente, en el caso de los hombres, la masculinidad es un aspecto cuidado y vigilado por las personas que rodean al niño. Algunos significados vinculados a la masculinidad como la fortaleza, la poligamia masculina, la virilidad, el desempeño en los deportes y la autoridad que desde pequeños les van inculcando, crean en los hombre una noción de quién se es en la sociedad frente a las mujeres y a otros hombres.

La vigilancia sobre el desempeño masculino va encaminada a alejarlo de todo aquello relacionado con lo femenino o con la homosexualidad. Para ello, en la sociedad mexicana ha existido la burla como mecanismo de sanción para aquellos que no se ajustan al modelo de masculinidad dominante.

Me di un golpe muy fuerte que comencé a llorar. Primos y tíos se burlaban de mi: “ni aguanta nada, ¡no chilles!, ¡aguántate que eres hombre!”; las secuelas de esto fueron: dos puntadas en la cabeza y el precio de la burla.

Yo pensaba “jamás una mujer tiene que ganarnos porque los hombres somos más fuertes”. Pero un día jugando a boxear con mi prima me dio una paliza que no pude mover ni la mano. Aunque ella era más grande, había momentos en que me daban ganas de llorar, de rabia, porque ¿cómo era posible que una mujer me fuera a golpear? Pero en verdad lo que más me dolió fue la burla de mis primos. Sin embargo, conforme fueron pasando los años pude aprender que a la mujer se le debe cuidar como si fuera un pétalo de rosa

Para los hombres, además de mostrar desde pequeños fuerza física, fortaleza emocional y el desempeño en los deportes, para con ello ir adquiriendo el respeto y reconocimiento de los otros, se observa cómo se va favoreciendo, por parte de los padres, la poligamia masculina, y quizá con ello, generando un conflicto en el manejo de sus emociones, dada la represión de sentimientos como el amor y el cariño hacia otra persona, y con ello el favorecimiento de

mayor distancia emocional y dificultades para la intimidad.

Cuando tenía cinco años mi padre me decía: “¿Cuántas novias tenemos?”, yo le contestaba: “dos”. Esto, cuando tuve mi primera novia me llevó a conseguir otra y, por cumplir con el mandato de mi padre, perdí a las dos

De muy pequeño escuchaba a mi padre decir: “El apellido López es de muy buen gallo”, que por lo menos teníamos que tener seis mujeres y que ser más rudo que los demás me daría el nombre. Esto dejó huella en mi mente.

Asimismo, hemos encontrado en los testimonios de los jóvenes, situaciones que ilustran cómo se les va ubicando como sujetos con autoridad, con decisión y poder por el mismo entorno familiar.

Mi padre era alcohólico, yo el único hombre entre varias hermanas. Me tocaba o me dejaban la responsabilidad de calmarlo. Al igual hubo momentos en que me ganaban los sentimientos y me ponía a llorar

(Ante la ausencia del padre) Mi madre me ha criado con la idea de que yo puedo mandar. En casa puedo agredir a mi mamá si no me obedece

El cuerpo masculino y las emociones

El cuerpo no es meramente un conjunto de partes materiales de un ser vivo; cúmulo de arterias, masa muscular, órganos y fluidos, sino que es una entidad cargada de simbolismos, significaciones, representaciones, sensaciones, placeres y deseos, así como el centro de diversas emociones. En este sentido, la vida emocional de los hombres también se ve manifestada en sus cuerpos. Reiteradamente los jóvenes se refieren a la vida sentimental como algo reprimido, lejano, son conscientes y saben de la importancia de las mismas y de su relación con el cuerpo, sin embargo, no les resulta tan fácil permitirse sentir ciertos sentimientos.

El cuerpo se siente y manifiesta según las emociones más internas

Mi organismo se comporta como una fotografía. Se ve desmejorado rápidamente cuando emocionalmente no está bien

Mi padre no me enseñó a expresar mis emociones, me enseñó a ser rígido

Antes no lloraba y sentía como una presión que lo único que provocaba era más enojo

Hace un año por algunos problemas que me causaron confusiones empecé a bajar de peso, tener mucho sueño, sin ganas de nada, aunque no realizaba ninguna actividad que me quitara energías. Todo porque me sentía mal emocionalmente. Reprimí mucho tiempo esta situación, y aunque no me expresaba, mi cuerpo gritaba que se encontraba mal

La escasa escucha que los jóvenes tienen de sus propios cuerpos parece ser una realidad. Se le escucha solamente ante situaciones casi extremas; accidentes, enfermedades, lesiones provocadas, cirugías, etcétera. Al parecer, el contacto es amenazador, el poco contacto o la ausencia del mismo revela cierto miedo a atender estos aspectos considerados íntimos, lo que forma parte de la estructuración de ciertas formas de masculinidad que se mantienen en oposición a todo aquello considerado femenino. En muchas de las teorías posmodernas, el cuerpo se entiende como un espacio simbólico, como un sitio de representación, y sin lugar a dudas así lo es, sin embargo, el cuerpo también es material y resiente el trato que se le da. Diversos son los malestares que presentan los hombres por la condición de género; físicos y emocionales, intelectuales y morales.

En nuestra cultura, todo cuerpo sexuado es sujeto de intereses que le hacen someterse a múltiples procesos de modelamiento y adaptación para construir un tipo particular de cuerpo, mismo que pertenecerá a una determinada categoría de personas. El cuerpo masculino es sometido a una serie de coacciones, interdicciones u obligaciones, como señala Foucault (1987), a una serie de métodos que “le permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les impone una relación de docilidad-utilidad”, es decir, los cuerpos son sometidos a una serie de “disciplinas”.

La cultura de género produce sujetos hombres y mujeres, cuerpos masculinos y femeninos. Las disciplinas e instrumentos de que se apoyan como la homofobia y misoginia llevan a los varones a efectuar una serie de prácticas sociales que van permitiendo la construcción de cuerpos dóciles y útiles a las formas de organización social. En este caso, a formas de reproducción de relaciones dicotómicas; masculino-femenino; disociativas: mente-cuerpo, racionalidad-emocionalidad; y asimétricas entre hombres y mujeres; fuerte-débil, con poder-sin poder, importante-sin importancia.

Estos procesos físicos, emocionales, identitarios y subjetivos de los cuerpos, se llevan a cabo mediante, lo que Judith Butler (1990) llama actos preformativos. La performatividad, para Butler (2001), es la anticipación que conjura su objeto, es la repetición de actos; un conjunto sostenido de actos corporales que tienen la capacidad de la acción y transformación

en los cuerpos. En este sentido, el género se concibe como expresiones originales y sustanciales siempre en un constante hacer. El “ser” hombre es el producto de la misma construcción performativa en el hacer. En el hacer cotidiano se está construyendo el ser hombre.

Así como el planteamiento de Simone de Beauvoir de “No nace mujer, llega una a serlo”, la cultura de género también produce “hombres”; sujetos que en la cotidianidad tienen que ir representando mediante acciones constantes que se es un hombre. Lo anterior a través de la asimilación, introspección e incorporación de símbolos culturales, pautas de comportamiento, acciones y prácticas diversas que van modelando los cuerpos masculinos.

El cuerpo masculino no es determinado exclusivamente ni por la biología ni por la cultura. El cuerpo es una situación histórica, es una manera de ir haciendo, dramatizando y reproduciendo una situación histórica. En este sentido, el cuerpo se vuelve su género en una serie de actos que son renovados, revisados, y consolidados en el tiempo.

Ciertas manifestaciones que en la actualidad se observan en los jóvenes, como desórdenes psicosomáticos, dificultades sexuales, violencia extrema, suicidios, tienen como referente directo un determinado vínculo con el cuerpo –y en consecuencia, consigo mismo.

Bibliografía

Baz, Margarita (1996), *Metáforas del cuerpo. Un estudio sobre la mujer y la danza*, Porrúa, PUEG-UNAM, UAM-X, México.

Butler, Judith (1990), “Performative acts and gender constitución: an essay and fenomenology and feminist theory”, in Sue-Ellen Case, John Hopkill, *Performing feminisms: feminist critical theory an theater*, University Press, Baltimore and London.

Butler, Judith (2001a), *El género en disputa*, Paidós y PUEG-UNAM, México.

Connell, Robert. W. (2003), *Masculinidades*, PUEG-UNAM, México.

Foucault, Michel (1987), *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México.